

***Ocupación del territorio indígena,
conflicto y expansión económica.
La Araucanía, 1850-1930***

Jorge Pinto Rodríguez¹

Introducción

El viernes 19 de enero de 1907, un día después de haberse celebrado el Parlamento de Coz Coz, convocado por los caciques del lugar, en las cercanías de Panguipulli, para hablar “de lo que les pasa en sus reducciones con los *huincas* que nos quieren quitar la tierra que ha sido siempre de nosotros”, el periodista de *El Diario Ilustrado* de Santiago, Aurelio Díaz Meza recibió a un grupo de mapuches para escuchar de sus propias bocas las tropelías que se cometían contra ellos (Arellano y otros 2006: 217). Robos de tierras, saqueos, todo tipo de violencia y hasta asesinatos, se habían producido a vista y paciencia de las autoridades de la zona. Sólo la preocupación del capuchino Sigifredo de Frauenhäusl, puso algún límite a una situación que desde hacía varios años afectaba a los mapuches. La ambición por ocupar sus tierras y el desenfrenado traslado de ocupantes nacionales y empresarios provenientes del norte, habían generado un clima de agitación del cual los mapuches eran la principal víctima. Cuatro años más tarde el Congreso Nacional tuvo que intervenir, designando una Comisión Especial que se trasladó a la zona para investigar que estaba ocurriendo. Sus informes desnudaron la misma realidad que escuchó Aurelio Díaz Meza ese viernes de enero de 1907.

Paradójicamente, por esos mismos años la economía regional empezaba a experimentar una fuerte expansión, que concluiría hacia los años treinta del siglo pasado, para dar paso a una fase depresiva que haría colapsar a la economía. Alentada por la llegada de nuevos agentes económicos y una mano de obra atraída por las obras que se emprendían en la región, la población, la producción, el comercio y las exportaciones empezaron a crecer a un ritmo muy acelerado hasta que comienza la fase depresiva de los años treinta.

¿Qué estaba ocurriendo en la Araucanía? ¿Por qué tanta violencia en un territorio que hasta mediados del siglo XIX había permitido una convivencia armónica entre el mundo indígena y no indígena? ¿Cómo reaccionó el pueblo mapuche frente a esta situación? ¿Qué estaba pasando con la economía regional? Estas son algunas de las cuestiones que nos proponemos comentar en este artículo a la luz de los avances que estamos logrando en un proyecto financiado por el Fondo Nacional de Investigación Científico y Tecnológico de Chile, cuyo principal objetivo es estudiar las bases económicas y la estructura de la región entre 1900 y 1960 (Proyecto Fondecyt N° 1060314).

La invasión del territorio indígena

Hasta mediados del siglo XIX, los grupos dirigentes que habían tomado el control del país no demostraron mayor interés por la región. Con la mirada puesta en el norte y en las haciendas del Valle Central, cuyas riquezas mineras y producción triguera parecían muy apropiadas para articular la economía nacional con la economía mundial, la Araucanía no interesó a nadie. Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar hacia 1850. A partir de esos años, una serie de factores desencadenaron la ocupación de este territorio, provocando la desintegración del viejo espacio fronterizo. Los hubo externos e internos. Entre los primeros, no cabe duda que la mayor demanda de alimentos derivada del aumento de la población mundial y las transformaciones que provocó la Revolución Industrial, estimularon la ocupación de regiones que hasta entonces se habían mantenido casi sin explotar. Los avances del capitalismo inglés y los progresos del transporte, aceleraron el proceso, insertando este fenómeno en el mismo movimiento de ocupación de tierras que afectó a otras regiones de América, África, Asia y Oceanía.

La situación del país también contribuyó a estimular el avance hacia las tierras indígenas. De partida, la constitución del Estado hizo posible la existencia de una instancia jurídica que podía justificarlo. Así mismo, la estrechez del mercado de la tierra, esencial para sostener la política inmigratoria que fomentaban los gobiernos de la época y la crisis económica de 1857, convencieron a los grupos dirigentes que había llegado el momento de actuar en una región que ya se había empezado a recorrer por la costa, a propósito del interés por el carbón que venían manifestando los empresarios mineros del Norte Chico. Las revoluciones de 1851 y 1859, particularmente la última, cuyo desenlace en favor del Presidente Manuel Montt, alentó también la idea de castigar a los insurgentes, incluyendo a numerosas parcialidades indígenas que habían participado en el movimiento, apoyando a los revolucionarios. Por último, el discurso de la “barbarie”, elaborado por los intelectuales que adhirieron al positivismo del siglo XIX, fue el golpe de gracia que provocó el avance del ejército chileno a las tierras de la Frontera, aunque a nuestro juicio, fue la crisis de 1857 la que agitó el debate sobre la Araucanía y aceleró un proceso que se venía anunciando desde los últimos años de la década de 1840.

Este proceso estuvo acompañado de un discurso de fuerte contenido antiindigenista, tal como ocurrió en todo el continente. Al mapuche se le hizo responsable de lo que se llamó la “barbarie” imperante en la Araucanía y las voces de condena en su contra no se dejaron esperar. Aunque estos protestaron frente a los abusos que se cometían, sus quejas fueron acalladas y poco a poco Chile empezó a desprenderse de sus raíces indígenas.

Concluida la ocupación la región quedó incorporada definitivamente al país, dividiéndose en dos provincias: Malleco y Cautín. En esos momentos se precipitan en la zona cuatro procesos: la expansión y colapso de la economía; la llegada de nuevos actores sociales; la lucha del pueblo mapuche por recuperar sus tierras y dignidad frente a los abusos que se siguen cometiendo contra ellos y la revisión que se hace en Santiago y algunos círculos intelectuales de la acción del Estado.

Expansión y colapso de una economía regional, 1900-1940

Estudios anteriores hacían presumir que la llegada del Estado había provocado, junto con la desintegración del espacio fronterizo, serias dificultades a la economía regional (Pinto 2003). Afectado el tráfico con las Pampas, rotas las conexiones entre el mundo indígena y los agentes económicos tradicionales y desatada la especulación, parecía que el panorama era muy poco favorable para su economía. La situación general de Chile tampoco era de las mejores. Fuerte-

mente afectado por la crisis de comienzos de siglo, poco podía hacer para resolver la situación de la Araucanía; sin embargo, las señales que hemos recogido estos últimos años dan cuenta de una situación diferente, demostrando que los ritmos regionales son distintos a los de Santiago o del Valle Central.

La primera señal de crecimiento económico proviene de la demografía. En efecto, entre 1895 y 1930 la población de la Araucanía aumentó de 176 253 a 451 089 habitantes, a un ritmo de 2.7 % anual, muy superior al del país (1.3 %).² En cierta medida, este crecimiento se podría explicar por la política del gobierno tendiente a instalar colonos nacionales y extranjeros; sin embargo, más decisivo debió ser el “boom” económico que se produjo en la región.

En efecto, entre 1910 y 1930, Malleco y Cautín estuvieron a la cabeza en la siembra de cereales y chácaras, superando en producción a todas las demás provincias. Entre los cereales, el producto más importante era el trigo; aunque, en ambas provincias las siembras de cebada, frejoles y papas alcanzaron también un nivel muy interesante. De acuerdo a José Bengoa en esta época se constituye en la zona el latifundio y se desarrollan el peonaje agrario y el inquilinaje, con la mano de obra que se desplaza de las haciendas del norte, atraída por salarios más atractivos que en el Valle Central (Bengoa 1990: 151-181).

La expansión de la agricultura elevó la superficie agrícola y el valor de la propiedad rural. Hacia el término del período, Cautín era la segunda provincia con mayor superficie agrícola y la tercera desde el punto de vista del valor de la propiedad rural, superada sólo por Santiago y Colchagua.³ El dinamismo de la agricultura se reflejaba también en el volumen de los créditos otorgados por la Caja de Crédito Agraria. De las 21 provincias agrícolas que existían en el país, Malleco y Cautín ocupaban el quinto y sexto lugar, respectivamente, corroborando la demanda de recursos de la agricultura regional.⁴ En la memoria de los viejos pobladores de la Araucanía todavía se mantiene el recuerdo de que en esa época la región se convirtió en el granero de Chile, recuerdo que se sostiene en la fuerte expansión de la agricultura regional.

Junto con la agricultura progresó la ganadería. De acuerdo a los datos que entrega Arnold Bauer, entre 1895 y 1925 el precio del ganado en Santiago, principal centro de transacciones, experimentó un aumento de \$ 64 75 a \$ 356 por cabeza, convirtiendo a esta actividad en una de las más atractivas del agro chileno (Bauer 1994: 2). Como se sabe, la Araucanía había sido desde la Colonia una región apta para la cría y engorda de ganado, ya sea por el que llegaba desde Argentina o por el que se desplazaba desde las estancias de Concepción para aprovechar las pasturas del sur. Datos que tenemos para 1917 demuestran que las provincias de Malleco y Cautín disponían de una masa ganadera no despreciable respecto de la que existía en todo el país. En el caso de los vacunos, Malleco y Cautín formaban parte del grupo de las 10 provincias que superaban las cien mil cabezas. Este grupo era encabezado por Llanquihue con 208 mil animales, seguido de Valdivia con 183 mil, Colchagua con 179 mil, Santiago con 165 mil y Talca, Curicó, Linares, Bío Bío, Malleco y Cautín con cifras ligeramente superiores a las cien mil cabezas. Con relación a los ovejunos, Magallanes encabezaba la lista con una cifra inalcanzable para las restantes provincias: 1'865 476 cabezas. A enorme distancia estaba el grupo al que se podría incluir Cautín, con una masa de 150 a 200 mil animales. Malleco estaba un poco más atrás, pero con una cantidad de ovejunos de cierto peso en el país. La producción de lana de ambas provincias era también interesante, como su producción lechera, aunque esta última estaba más lejos de la producción de las provincias en las cuales esta industria había alcanzado un mayor desarrollo⁵. Datos de los años siguientes, demuestran que hasta 1930 la ganadería en Malleco y Cautín no perdió importancia, aumentando incluso su participación en las cifras nacionales⁶. Por esta misma razón, la feria ganadera de Temuco fue una de las más importantes

del país. Después de las de Santiago y Chillán, la de Temuco era, en 1928, la de mayor actividad, especialmente por la venta de vacunos.⁷

En otro ámbito, la actividad forestal, fue también muy relevante. La Sociedad Nacional de Agricultura había manifestado interés por la explotación del bosque desde comienzos del siglo XX, aunque, con un espíritu previsor, llamó la atención respecto de los efectos negativos de su explotación irracional y de los peligros de la erosión.⁸ De aquellos años data la idea de crear una Inspección General de Bosque, Pesca y Caza con el propósito de impulsar la actividad forestal, con los debidos resguardos para conservar el medio ambiente y no exponer a la agricultura a los efectos negativos de la erosión y el desvío de los cursos de las aguas.⁹

Estudios de la época daban cuenta de la existencia de tres grandes recursos forestales en el país: alerce, pino araucano y ciprés. La región disponía de los tres; no obstante, las reservas del segundo lo convertían en el producto básico de su industria maderera. A comienzos del XX el país consumía casi la totalidad de la madera que producía, quedando para la exportación una cantidad muy marginal. Su uso se limitaba casi exclusivamente a la construcción de viviendas y fabricación de muebles. Salvo los casos de la Sociedad Imprenta y Litografía Universo, fundada en 1900, y la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones de Puente Alto, establecida en 1921, no se conocen otras iniciativas tendientes a darle al producto del bosque otro uso (García Vergara 1938: II, 324-331). Hacia 1935 la provincia de Cautín era, de todas las provincias chilenas, la que más mano de obra ocupaba en la producción de madera y la capacidad diaria de sus aserraderos la colocaban en tercer lugar en el país. Malleco producía mucho menos, pero en conjunto la región aportaba una cuota muy importante de la producción maderera de aquellos años.¹⁰

La bonaza que reflejan todas las cifras que hasta ahora hemos manejado coincide con algunas apreciaciones cualitativas que describen la zona. Hacia 1920, se señalaba que Malleco aportaba al mercado nacional cereales, miel, cera, papas, alfalfa, vino, nueces, ganados y maderas, contando con 200 establecimientos industriales, de los cuales quince eran aserraderos y catorce molinos. Cautín, por su parte, disponía de 250 establecimientos industriales, destacando 55 aserraderos y 13 fábricas de elaboración de la madera (Márquez 1912: 661 y 674-675). Esta expansión económica, habría alentado, incluso, la idea de trasladar trabajadores cesantes de Santiago al sur Santiago.¹¹ Bengoa calcula que los salarios de los campesinos de la zona central bordeaban los dos pesos diarios. Es, más o menos, la misma cifra que registran algunas fuentes en Cautín; aunque, al parecer, había aquí más oportunidades de trabajo.

Las condiciones favorables de la economía regional frenaron, incluso, el éxodo de población mapuche, seriamente afectada por la política reduccional impuesta por el Estado y los abusos que se cometían contra ellos. Nadie puede negar que en los primeros treinta años del siglo XX tales abusos fueran de todo tipo; no obstante, la expansión económica experimentada por la región les habría permitido sobrevivir todavía en la Araucanía, postergando su salida hacia las provincias del norte por algunas décadas. Aunque los datos censales de los años 1907, 1920 y 1930 demuestran que el total de la población mapuche de las provincias donde aparece registrada disminuyó, se podría presumir que se trata de un dato no del todo confiable, debido al proceso de "chilenización" impuesto por el Estado. De acuerdo a estos, la "población araucana" pasó de 101 118 personas en 1907; a 104 793, en 1920 y 98 793, en 1930, con una tasa de decrecimiento de 0.1 %, mientras la "población chilena" crecía a un ritmo de 1.7 % anual. Sin embargo, en la Araucanía propiamente tal, la población mapuche no disminuyó en cifras absolutas, pasando de 74.741 personas en 1907 a 91 286, en 1930, con una tasa de crecimiento inferior al de la "población chilena", pero sin evidenciar una caída propiamente tal.¹² Lo ante-

rior permitiría afirmar que, a pesar de las condiciones adversas que impuso el Estado durante los primeros 30 años del siglo XX, la población mapuche de la región aumentó, a un ritmo menor que el resto de la población regional, pero interesante si se tiene en cuenta los efectos que pudo causar la política reduccional y la expropiación de tierras por parte de los empresarios y particulares que llegaron a la zona.

Este panorama empezó a cambiar a partir de la década del treinta, observándose entre 1930 y 1960 las primeras consecuencias negativas de su incorporación al Estado. Durante esta época, la economía regional siguió apoyándose en la agricultura, ganadería y actividad forestal; pero, ahora, bajo condiciones muy diferentes. Hacia 1930 el país abandona el “modelo de crecimiento hacia fuera”, para poner el acento en la industrialización por sustitución de importaciones. Los datos reunidos hasta ahora sugieren que la región no pudo acoplarse exitosamente a esta reconversión, debilitándose su economía y transformándose en una zona poco atractiva.

Las tres actividades básicas de la región siguieron siendo la agricultura, ganadería y actividad forestal. Las fuentes insinúan que ninguna de las tres colapsó. Por el contrario, siguieron experimentando una cierta expansión, menor que en las tres primeras décadas del siglo XX, pero expansión de todas maneras. Esto nos lleva a suponer que el principal problema de la región consistió en como desarrollarse a través de la agricultura, en un momento en que la atención estaba puesta en la industria. Dicho de otro modo, la Araucanía nos podría permitir explorar los problemas de las regiones agrícolas de los países subdesarrollados para enfrentar ciertos procesos de reconversión económica, teniendo en cuenta las limitaciones de la agricultura tradicional.

Por la información reunida podemos afirmar que los problemas más delicados que enfrentó la Araucanía estuvieron asociados a los efectos de la crisis del 29, la caída de los precios, el agotamiento de los suelos, la caída de los rendimientos y la escasa capacidad de los salarios agrícolas para dinamizar una economía por los bajos niveles de consumo que permitían.

La crisis del 29 se dejó sentir con fuerza en la región. Tempranamente, en 1930, El Diario Austral de Temuco se refirió a sus efectos negativos, dando cuenta de la angustiada situación de los agricultores regionales, agobiados aún más por una sequía temporal y el aumento de la cesantía. A los efectos de la crisis se sumó una pérdida de la productividad por el agotamiento de los suelos, sobre explotados en los años anteriores, y ausencia de tecnología. Aunque las tierras agrícolas aumentaron, los rendimientos tendieron a bajar. En un informe de aquellos años, se reconocía que la actividad agrícola de la provincia de Cautín ofrecía al país las más elevadas cuotas de producción de trigo, avena y arvejas; sin embargo, reconocía que no ofrecía “un nivel de perfeccionamiento de acuerdo con el progreso de la técnica agrícola habido en los últimos años y la evidencia de esta afirmación está en los bajos índices de producción” (Prado 1956: 35-36).

De acuerdo al mismo informe, los bajos rendimientos se debían a las siembras en suelos no agrícolas, sin aptitudes para el cultivo; al gran número de pequeños agricultores, sin capacidad económica para invertir en el agro; al exceso de tierras concentradas en muy pocos agricultores, lo que derivaba en un magro aprovechamiento de los suelos; al insuficiente uso de fertilizantes; a la práctica generalizada del barbecho desnudo; a la escasez de praderas artificiales, lo que obligaba a colocar el ganado en las praderas naturales con evidente perjuicio para el suelo; a las plagas, enfermedades y malezas que afectaban los cultivos; al bajo nivel de necesidades de la población rural, consecuencia inmediata de las deficientes condiciones de vida de los trabajadores agrícolas y a una política estatal orientada con fines económicos para salvar situaciones del momento, sin pensar en el largo plazo (Prado 1956: 37-38). En suma, a una serie de

factores que, en conjunto, dañaban a la agricultura no sólo en Cautín, sino en toda la región, incluyendo a la provincia de Malleco. El informe fue, incluso, más categórico: de no tomarse medidas inmediatas, se estaba hipotecando el futuro agrícola de la provincia. La agricultura, concluyó, sólo dispone de 810 mil hectáreas del millón 735 mil que tiene en total la provincia, considerando toda su extensión. Ese suelo es el que tenemos que usar racionalmente, empleando la tecnología adecuada; como no se hace, los rendimientos son bajos e insuficientes para hacer de la agricultura una actividad atractiva y rentable (Prado 1956: 43 y siguientes).

Al problema del rendimiento se agregaba el de los precios. En este caso se trataba de una situación muy compleja. En primer lugar, el gobierno había establecido una política de precios a través de la Comisión de Agricultura del Instituto de Economía Agrícola, diferenciándolos por regiones. Los agricultores de las provincias del sur se quejaron reiteradamente de esta situación, pues en su caso no se consideraban el costo de los fletes y los rendimientos regionales.¹³ En años anteriores, reunidos los agricultores de Concepción a Cautín, trataron de resolver este problema entrevistándose con el propio Presidente de la República; sin embargo, no tuvieron éxito.¹⁴ La situación se complicaba porque involucraba a otro sector, cuyos intereses eran distintos. El alza de los precios beneficiaba a los agricultores; pero, perjudicaba a los molineros, cuya capacidad de compra disminuía en relación directa con el alza de los precios. Para los agricultores la situación no era sencilla. Como cada alza de precios disminuía la capacidad de compra de los molineros, corrían el riesgo de no poder vender parte de las cosechas, quedando atrapados entre dos males que nunca se resolvieron. Esto generó un sentimiento de injusticia que restó dinamismo a los agricultores. No se produjo, así, un efecto esperanzador para la principal actividad económica de la región (Bengoa 1981).

El nivel de los salarios agrícolas tampoco contribuyó al desarrollo regional. Los jornales de los campesinos fueron siempre los más bajos del país. Esto le impidió a la región, básicamente agrícola, disponer de un mercado de consumo que alentara un verdadero desarrollo. De este modo, la Araucanía acusó desde 1940 ó 1950 un progresivo empobrecimiento, al punto de convertirla a fines del siglo XX en una de las más frágiles y vulnerable del país.

Con la ganadería pasó algo similar. Aunque en el curso de estos años progresó, paulatinamente se fue quedando atrás respecto a las otras provincias ganaderas. Al promediar el siglo, la provincia de Cautín era la más importante en el rubro. Hacia fines del período, todavía Malleco y Cautín conservaban lugares de privilegio desde el punto de vista de la masa ganadera; sin embargo, mientras nuestra región se quedó en la cría y engorda de ganado, las provincias vecinas transitaban hacia la industria lechera, postergando a Malleco y Cautín¹⁵. La industria maderera tampoco se desarrolló, manteniendo siempre un carácter casi artesanal. Muchas veces se quemó el bosque para destinar las tierras a la agricultura, sin prestar atención al deterioro del suelo y las precarias condiciones de la propia agricultura.

Los datos censales demuestran que la población también sufrió los efectos de la contracción económica, bajando su ritmo de crecimiento de 2.7 % anual a 1.1 %.¹⁶ En esta época cobra fuerza el éxodo mapuches hacia las zonas urbanas de Concepción, Valparaíso y Santiago. Como hemos dicho, la bonanza económica de las primeras décadas del siglo XX permitió a muchos de ellos sobrevivir en las reducciones establecidas por el gobierno. La posibilidad de conectarse al naciente mercado local configurado por las ciudades y las oportunidades que brindaba la agricultura regional, habrían frenado la emigración. Entre 1930 y 1960 la situación cambió. En general, se frena la economía y los problemas de la agricultura se agravaron para los mapuches que se quedaron con las peores tierras. Los estudios de Bengoa y Valenzuela (1984) y otros propiciados por el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA), su-

gieren que la emigración mapuche se acentúa en las décadas de los sesenta y setenta, aunque parece haberse iniciado con alguna anticipación, justamente en el período que estamos analizando. Recientemente, el libro de Florencia Mallon (2004), puso en evidencia la imposibilidad de muchos mapuches de resistir en la Araucanía las condiciones tan adversas que debieron enfrentar en los años posteriores a 1940.

Mapuches empobrecidos y campesinos que antes llegaban a la región, buscan ahora otros horizontes, creando un panorama poco alentador para el crecimiento de la población. Tradicionalmente la Araucanía había expulsado o atraído pobladores hacia o desde Neuquén, según se comportara la economía aquí o en aquella región de Argentina. El período que estamos analizando (1930 adelante), se inicia con el retorno de numerosos chilenos que habían emigrado a Neuquén en los años anteriores y termina con una nueva emigración de chilenos hacia la Argentina durante la década de los cincuenta (Flores 1996; Muñoz 2003). Todo hace presumir que la economía regional poco pudo hacer a partir de los años 1930 ó 1940 por retener a sus pobladores.

El parlamento de Coz Coz, nuevos actores en la Araucanía y el conflicto mapuche

El 18 de enero de 1907 se reunían en Coz Coz, en las cercanías de Panguipulli, más de dos mil mapuches convocados por el cacique del lugar, don Manuel Curipangui Treulen, “para comunicarse los caciques entre sí y referirse mutuamente los infortunios que padecen” (Arellano y otros 2006: 199-200). Era el Parlamento de Coz Coz, el cual era apoyado por el padre capuchino Sigifredo de Frauenhäusl, misionero de la zona, el que consiguió invitar a dos periodistas, uno de los cuales, Aurelio Díaz Meza, dejó testimonio escrito de lo que se trató en la Junta. Este documento, de gran valor hoy día, es clave para entender lo que empezó a ocurrir en la Araucanía una vez instalado el Estado en la región.

Desde luego, lo primero que llama la atención es la presencia de una serie actores sociales desconocidos antes en la Frontera. A los ocupantes nacionales, que habían llegado espontáneamente desde mediados del siglo XIX, se suman ahora grandes y pequeños empresarios, que transformaron el panorama económico y social de la región. Sus abusos era lo que más preocupaba al padre Sigifredo; pero, también, la fuerte competencia que encontraba ahora en los pastores de iglesias protestantes y en los dirigentes políticos de los nuevos partidos que se habían fundado en Chile, cuyos pasos se orientaban a ganarse las simpatías del indígena. El protestantismo, de la mano de los inmigrantes europeos, y la amenaza del comunismo, se propagaban a la vieja Frontera. A ambos, se sumaban los agentes del Estado que intentaban, a través de la educación y otros “ritos patrióticos”, como las inscripciones en los registros civiles, las conmemoraciones patrias y el culto a los emblemas nacionales, chilenizar a una población que tardíamente se incorporaba al país.

En los días siguientes al Parlamento, Aurelio Díaz Meza se instaló en un salón de la misión, especialmente preparado por el padre Sigifredo, para escuchar a todos los indios que quisieran plantear sus quejas. “Audiencia de horrores” denominó Díaz Meza a aquellas entrevistas. Posteriormente, en más de quince páginas, resumió los abusos que se cometían contra ellos. Detalladamente dio cuenta de como se les engañaba, se les robaban sus tierras y ganados, se les flagelaba y se les asesinaba. En Coz Coz la Compañía Industrial y Ganadera San Martín y el particular Joaquín Mera, personalizaban las figuras de quienes se aprovechaban de las condiciones generadas por el Estado para cometer todo tipo de abusos contra los mapuches (Arellano y otros 2006: 234-249). No se trataba, sin embargo, de una situación nueva.

Desde el momento mismo en que se inicia la ocupación de la Araucanía, los mapuches levantaron su voz para exigir se respetara sus derechos sobre las tierras que ancestralmente poseían. Asimismo, se empeñaron en terminar con los abusos que cometían los soldados que incursionaban en la Frontera. Ya en la década de 1850 Mañil escribía al Presidente Manuel Montt, diciéndole que las autoridades chilenas cometían todo tipo de tropelías y que el robo de sus tierras era la principal causa de la guerra que hacían los mapuches a los soldados chilenos.¹⁷ Horacio Lara recogió las palabras de otro cacique que enfrentó a Cornelio Saavedra, cuando recién se iniciaban las operaciones en la Frontera, pidiéndole que abandonara sus tierras y no los siguiera humillando, pues por estos suelos nunca se “vieron soldados” (Illanes 1987). A comienzos del siglo XX, Mangin observaba conmovido lo que estaba ocurriendo en la Frontera; los chilenos, decía a los miembros de su comunidad, son pobres y les robarán sus tierras. Kilapán los aborrecía, quieren hacer pueblos “para acorralarnos como vacas”, eso quieren, denunciaba a quien lo quería escuchar. Pedro Kayupi reconocía en 1902 que tenían razón en sublevarse contra el ejército chileno, pues la única intención del gobierno era quitarles sus tierras (Guevara 1912: 227-284 y 415-416). Más tarde, a fines de la década de los veinte, Pascual Coña reconocía que desde que se produjo la ocupación de la Araucanía su vida se había convertido en una tragedia. Primero fue el incendio de su ruca; después, el abandono de su mujer; por último, los pleitos y abusos de los medieros que llegaron a instalarse en sus tierras. “Ojalá pudiera morir ahora, para no ver nada más de toda esta miseria”, decía a un capuchino que registró su vida. “¿Qué he hecho yo, pobre hombre, para tener que sufrir tanto? ... ¡Si pudiera morir, que bueno sería!” (Coña 1984: 456-458).

La denuncia de los abusos cometidos no fue la única estrategia utilizada por los mapuches. Algunos como Mañil y su hijo Kilapán tomaron las armas y trataron de defender militarmente sus tierras. Otros, como Lorenzo Colipí, buscaron negociar. Hubo algunos que se aliaron al gobierno; sin embargo, no consiguieron suavizar los efectos de la ocupación de sus tierras. Y los abusos no se detuvieron con la llegada del siglo XX. A las denuncias de Díaz Meza habría que agregar que la prensa de la época dio cuenta de unos veinte hechos de violencia ocurridos entre 1911 y 1930, incluyendo lanzamientos de familias mapuches, asesinatos de caciques y matanzas como la de Forrahue, de 1918, que provocó la muerte de 25 hombres, mujeres y niños. “El uso de la violencia llegaba a límites inhumanos”, reconoce un informe reciente. “A quienes eran considerados rebeldes, ladrones o peligrosos, se les marcaba el cuero –corte de orejas o a fuego- para que fueran reconocidos por los demás colonos”. La Marcación de Painemal, ocurrida en 1913, en Nueva Imperial, provocó gran conmoción, dando origen, después de Coz Coz, a la segunda movilización masiva de protesta postreduccional. En la plaza de Nueva Imperial se reunieron entre 3 a 4 mil mapuches para expresar su protesta por los abusos cometidos por los colonos instalados en la zona (Bengoa 2004: 391- 393). Rolf Foerster señala que a partir de esos años los mapuches modifican sus estrategias de lucha, buscando apropiarse de las armas de los chilenos para luchar por sus derechos: la educación, el idioma y la legislación (Foerster y Montecino 1988).

Esa estrategia fue la que utilizó el padre Sigifredo en Coz Coz. Por una parte, le interesaba transmitir la imagen de un indígena dotado de valores positivos, propios de un nuevo ciudadano que se comportaba como cualquier otro chileno, cuyas demandas debían ser atendidas por Estado y, por otra, sensibilizar a la opinión pública frente al problema mapuche. En la región, la situación era de sobra conocida; pero, en Santiago se ignoraba totalmente. Díaz Meza trabajaba en *El Diario Ilustrado*, un periódico conservador estrechamente vinculado a la Iglesia Católica que gozaba de prestigio en círculos ilustrados y políticos de diversos sectores. Instalar el tema a través del diario y mostrar al indígena en un estado de civilización que borrara la

imagen del bárbaro que predominaba en el país, era para el capuchino un enorme logro. En medio de las preocupaciones del momento, centradas en los efectos del terremoto del 16 de agosto de 1906 que asoló a Valparaíso, las movilizaciones obreras que tenían lugar en diversas ciudades del país y el juicio seguido a Emilio Dubois, un criminal que cobró extraordinaria notoriedad en 1906; el tema indígena empezó a ocupar algunas líneas en el diario conservador, especialmente a fines de enero de 1907, cuando aparece la primera crónica de Díaz Meza sobre el Parlamento. “El Parlamento indígena. Extraordinaria asistencia. Quinientos caciques y dos mil indígenas. Elección de ulmen. Fiestas en su honor”, la tituló el diario en su primera página de la edición del 29 de enero de ese año. A partir de ese momento, las noticias se repitieron y, en un caso inédito, Díaz Meza logró que La Prensa de Buenos Aires publique también sus comentarios sobre el Parlamento.¹⁸ ¿Qué perseguía el padre Sigifredo mediante esta estrategia? ¿Cuánto apoyo recibía de los indígenas en sus esfuerzos publicitarios?

Hemos dicho que su principal objetivo era instalar el tema en la opinión pública. A su juicio, la insensibilidad de las autoridades de Santiago se debía al completo desconocimiento que existía de los problemas que afectaban al pueblo mapuche y a los juicios equivocados que todavía circulaban sobre él; de ahí su empeño en dar a conocer una versión distinta. Para lograrlo tramó una cierta complicidad con Aurelio Díaz Meza; sin embargo, en esta complicidad también pudieron entrar algunos dirigentes indígenas para los cuales era esencial moverse en el ambiente político del país. En crónicas anteriores, el mismo diario daba cuenta de las acciones de algunos caciques ante las autoridades de Valdivia exigiendo solución a sus demandas. A los textos agregaba fotografías, materiales que, de algún modo, utilizaban los dirigentes indígenas para consolidar su autoridad. En el caso del Parlamento de Coz Coz no deja de ser interesante detenerse en la elección de quien debía representarlos ante las autoridades chilenas. Rápidamente se perfilaron tres nombres: Juan Cheuquehuala, cacique de Antilhue; Mauricio Hueitra, cacique de Ancacomoe; y Juan Catriel Rain, cacique de Trailafquen. Los tres encarnaban figuras distintas: mientras los dos primeros, representaban la madurez y capacidad para mantener a raya a los usurpadores de sus tierras; el tercero, la juventud y la experiencia de haber viajado dos veces a Santiago a hablar con el Presidente de la República. Los tres apelaron a la riqueza y a la valentía; sin embargo, la balanza se inclinó en favor de Catriel, apoyado por Cheuquehuala, que cedió ante los méritos del cacique de Trailafquen. En este caso, la experiencia de Catriel en Santiago, su habilidad para lograr que lo recibiera el Presidente y los contactos que había dejado en la capital fueron claves para su elección. Y el padre Sigifredo no lo ignoraba, en momentos en que el diálogo y la negociación eran vitales para defender los derechos del indígena. Días después, el mismo diario publicaba fotos de Catriel, mientras el periodista Díaz Meza lo describía como un perfecto ciudadano, tan cabal como cualquier otro ciudadano del país.

En el nuevo escenario configurado en la Araucanía se empiezan a tramar nuevas alianzas. Los viejos guerreros ceden el paso a los negociadores, dirigentes educados conforme a los patrones de la chilenidad y dispuestos a moverse en el plano de las normas jurídicas que el mismo gobierno ha instalado. Los abusos seguían siendo los mismos; la lucha, sin embargo, debía darse bajo otras condiciones. Esas condiciones no las impuso el mapuche, las impuso el Estado, sus agentes y los empresarios que llegaron a la región, acentuando la incorporación subordinada en que quedó el pueblo mapuche en su relación con el resto de la sociedad chilena (Foester y Montecino 1988).

Por cierto, las acciones del padre Sigifredo no se limitaron a instalar en la opinión pública el conflicto mapuche, a difundir una nueva imagen de éste y a conectarse con dirigentes indígenas

que interactuaran mejor con las autoridades de gobierno. Consciente de la competencia de las iglesias protestantes y de los dirigentes políticos que operaban en la región, sabía que conquistar al indígena lo obligaba a mantener viva la imagen de un defensor a toda prueba. De allí su interés por insistir en Santiago sobre el tema mapuche, dictando conferencias y convenciendo a la Iglesia de impulsar medidas más eficaces en su defensa. La propia fundación del Obispado de Temuco, apoyada por liberales que en materias doctrinarias estaban muy lejos de la Iglesia, obedecía, justamente, al deseo de impedir la acción de los nuevos actores sociales que habían llegado a la región y que amenazaban con arrebatarle la adhesión del mapuche. Hubo en esto una suerte de defensa del territorio, en momentos en que la Araucanía estaba entrando a un nuevo ciclo histórico.

El balance de las autoridades e intelectuales nacionales

El nuevo tipo de dirigente indígena que empieza a aparecer en la Frontera buscó tender puentes entre el pueblo mapuche y las autoridades e intelectuales del país. Probablemente uno de los dirigentes que con mayor propiedad representa este nuevo tipo de liderazgo fue don Manuel Manquilef, un joven nacido en Maquehua, criado durante su infancia en las tierras de su abuela, y profesor más tarde titulado en la Escuela Normal de Chillán. El mismo se presentaba como “uno de los últimos vástagos de la raza que con gran tenacidad supo defender en tres siglos i medio de lucha la integridad de su territorio” (Manquilef 1915: 12). Por el mérito de sus trabajos alcanzó notoriedad en círculos académicos, convirtiéndose en tenaz defensor de su pueblo en una época que consideraba dramática.

“Oprimidos con leyes propias para un pueblo de esclavos, escribía en 1915, y soportando el duro peso de injusticias sin cuento, caminan como pontificados ante tanta ignominia. Muchos se han civilizado, a pesar del gobierno, y la mayoría, arrebatadas sus riquezas, son hoy unos pobres, miserables víctimas del gobierno y de la sociedad en que viven; ¿cómo es posible que un gobierno republicano como el de Chile haya procedido así? ¿por qué y cómo ha conseguido destruir a esta raza fuerte y valerosa que entró a formar parte de la República, no como pueblo conquistado, que jamás lo fue, sino en virtud de solemnes tratados?” (Manquilef 1915: 3).

Para esa fecha la ocupación había concluido y las voces de protestas de poco sirven, a pesar del apoyo que consiguen en ciertos sectores de la sociedad nacional. De los artículos aparecidos en la prensa, los del profesor Alejandro Venegas, publicados en Santiago bajo el seudónimo de Dr. Valdés Cange, causaron honda impresión. En 1910 los reunió en un libro titulado *Sincerad. Chile íntimo en 1910*, que contribuyó enormemente a difundir sus ideas y a denunciar los abusos cometidos contra el pueblo mapuche. En un párrafo rescatado por la “Comisión Verdad Histórica y Nuevo Trato con los Pueblos Indígenas”, Alejandro Venegas decía lo siguiente:

“Fueron tan crueles los despojos, tan inicua la explotación, que el Congreso para aminorarlas, tuvo que dictar una ley que prohibió a los indígenas enajenar sus tierras; pero no por eso la situación de los naturales mejoró, ni las extorsiones han dejado de continuar de una manera irritante. La autoridad central misma ha tenido la culpa de que hayan sido ilusorios los beneficios que hubiera podido esperarse de aquella ley; porque si es cierto que con ella el indio quedó resguardado de la rapacidad de los particulares, no lo quedó contra las del estado que, cuando le dio la gana, declaró fiscales sus pertenencias, las dividió y las puso en remate o las entregó a colonos extranjeros, dejándoles a ellos extensiones reducidas que no bastaban a sus necesidades. Allí sitiados, amagados por la civilización, han llevado una vida lánguida en sus rucas miserables, incrustadas en medio de un gran fundo o de alguna colonia de extranjeros.” (Valdés Cange 1988: 104).

Tales denuncias obligaron al Congreso a tomar cartas en el asunto. En 1911 un grupo de parlamentarios, en comisión mixta de diputados y senadores, se dirigió a las provincias del sur para investigar en terreno lo que estaba ocurriendo en la Araucanía. Dicha comisión comprobó la existencia de abusos y reconoció que existía en la zona un profundo malestar que las autoridades debían atender. Los parlamentarios concluyeron que la causa del mal estaba en la incapacidad del Estado para hacer valer las leyes de protección al indígena, en una época en que todavía persistía la “lucha con el araucano y territorios inexplorados, lo que impedía definir exactamente en que consistía la propiedad indígena” (Bengoa 2004: 369-370). Cuatro años más tarde, Manquilef volvía a denunciar los atropellos sufridos por su pueblo previniendo a sus lectores que

“...lo que vais a leer son unas cuantas verdades bien amargas...el gobierno de Chile violó tratados, promesas. Hizo pedazos la Constitución declarando la guerra de Arauco en la forma más insidiosa y ruin que jamás una nación lo hiciera... y hoi eleva estatuas a esos conquistadores que a fuerza de propagar vicios, le permitió quitar tierras, animales y lo que es más, la vida a una nación.” (Manquilef 1915: 2).

A esta preocupación por la suerte corrida por el pueblo mapuche se suman los trabajos de algunos intelectuales que aportan testimonios muy valiosos para comprender lo que había sucedido en la Araucanía. Los historiadores regionales Horacio Lara y Leandro Navarro justificaron la acción del Estado y aplaudieron las operaciones militares, pero no dejaron de denunciar los excesos cometidos contra la población indígena (Lara 1889; Navarro 1909). Tomás Guevara, convencido también de la necesidad de integrar al mapuche a la Nación, hizo un esfuerzo encomiable por rescatar el testimonio de lo que él llamó “las ultimas familias araucanas”, recogiendo relatos conmovedores de los sucesos que acompañaron a la ocupación (Guevara 1912). El mismo Alejandro Venegas se refirió a los “cruels despojos” de que fueron víctimas los indígenas. “Allí, escribió Venegas, amagados por la civilización, han llevado una vida lánguida en sus rucas miserables, incrustado en medio de un gran fundo o alguna colonia de extranjeros” (Valdés Cange 1910: 194). Años más tarde, Pascual Coña relataba al padre Ernesto Wilhelm de Moesbach, las tragedias que recorrieron su vida desde que apareció el *huinca* por su tierras y en 1929 el gobierno decide constituir los Juzgados de Indios, para corregir algunas injusticias, aunque en numerosos casos sólo sancionaron actos de usurpación en claro perjuicio de las comunidades mapuches (Coña 1988; Bengoa 2004: 395-399).

Sin embargo, fueron novelistas y poetas quienes con más propiedad asumieron una postura crítica respecto de la forma como actuó el Estado en la región. Eduardo de la Barra, Jorge Klickman, Samuel Lillo, Ignacio Verdugo Cavada, Baldomero Lillo, Mariano Latorre, Reinaldo Lomboy y la notable Gabriela Mistral, entre otros, empuñaron la pluma para expresar su dolor frente a la suerte del pueblo mapuche.

“Nací, escribió el poeta Samuel Lillo, en un pueblo de nuestro heroico golfo de Arauco ... Me acostumbré a contemplar, desde niño, junto a las miserables rucas de las vegas y los valles o cruzando las sendas polvorientas de las lomas desnudas por el hacha y por el fuego, las siluetas hurañas de los siervos de Arauco bajo el dominio de los huincas implacables; presencié los abusos y despojos de los ricos terratenientes que, por un vaso de alcohol o una falsa promesa halagadora, arrebatában al mapuche, inocente y confiado, sus tierras y sus rebaños ... He podido, pues, hablar por lo que he visto y he sentido con mis ojos de niño y mi corazón de poeta, acerca de las glorias, dolores y esperanzas de los hijos de la vieja Araucanía.” (Solar 1996: 11-12).

Gabriela Mistral también dedicó algunos versos al mapuche. Como sabemos, la poetisa estuvo en Traiguén, hacia 1910, y más tarde en Temuco, en 1920, años durante los cuales “recorrió campos y reducciones indígenas en un acercamiento directo con la brava-gente-araucana”

(Mistral 1996: 15-16). Sus vivencias en la Frontera debieron inspirar su poema Araucanos que tiene interés por el reconocimiento que hace a nuestra herencia indígena y por la solidaridad que expresa con su dolor y esperanzas. El poema parte, precisamente con una estrofa que asume nuestras raíces indígenas:

“Vamos pasando, pasando
la vieja Araucanía
que ni vemos ni mentamos.
Vamos, sin saber, pasando
reino de unos olvidados,
que por mestizos banales,
por fábula los contamos,
aunque nuestras caras suelen
sin palabras declararlos”

Más adelante, la poetisa agrega,

“Ellos fueron despojados,
pero son la Vieja Patria,
el primer vagido nuestro
y nuestra primera palabra.
Son un largo coro antiguo
que no más ríe y ni canta.
Nómbra la tú, di conmigo:
brava-gente-araucana.
Sigue diciendo: cayeron.
Di más: volverán mañana” (Mistral 1996: 203-204)

La novela y la poesía enviaron al país un mensaje conmovedor y en cierto sentido esperanzador sobre lo que estaba pasando con el pueblo mapuche. Lamentablemente, los historiadores no tuvieron la misma sensibilidad. Sólo muy recientemente, a partir de los últimos veinte años, una nueva generación de historiadores encabezada por José Bengoa ha intentado remediar un olvido que convenció a una inmensa mayoría de chilenos que la Ocupación de la Araucanía había sido un acto humanitario que extendió la civilización a este rincón del planeta, exento de cualquier abuso contra el mapuche.

BIBLIOGRAFÍA

Arellano, Carmen y otros 2006: *En la Araucanía el padre Sigifredo de Frauenhäusl y el Parlamento Mapuche de Coz Coz de 1907*, Frankfurt, Vervuert.

Bauer, Arnold 1994: *La Sociedad Rural Chilena, desde la conquista española a nuestros días*. Santiago, Editorial Andrés Bello.

Bengoa, José 1981. "La cuestión del trigo y la región cerealera en Chile". *Resultados de Investigación*, N° 5, Santiago, GIA.

Bengoa, José 1985: *Historia del pueblo mapuche*. Santiago, Ediciones Sur.

Bengoa, José 1990: *Haciendas y Campesinos. Historia Social de la Agricultura Chilena*, Santiago, Sur.

- Bengoia, José 2004: *La memoria olvidada. Historia de los pueblos indígenas de Chile*, Santiago, Cuadernos Bicentenario.
- Bengoia, José y Valenzuela, Eduardo 1984: *Economía mapuche. Pobreza y subsistencia en la sociedad mapuche contemporánea*. Santiago, PAS.
- Flores, Jaime 1996: "Ránquil, 1934. Un episodio en la Historia Social de Chile". Tesis de Maestría (Universidad de Santiago de Chile).
- Foerster, Rolf y Montecino, Sonia 1988: *Organizaciones, contiendas y líderes mapuches (1900-1970)*. Santiago, Ediciones CEM.
- García Vergata, Luis 1938: *Agricultura Chilena*, Santiago, Imprenta Nascimento.
- Guevara, Tomás 1912: *Las últimas familias y costumbres araucanas*. Santiago, Imprenta Cervantes.
- Illanes, María Angélica 1987: "Del mito patriótico al positivismo militar. El pensamiento del coronel Pedro Godoy", en Mario Berríos y otros, *El pensamiento en Chile, 1830-1910*, Santiago, Nuestra América Ediciones.
- Lara, Horacio. *Crónica de la Araucanía*. Imprenta El Progreso, Santiago, 1889.
- León, Leonardo 2005: *La violencia mestiza*. Santiago, LOM.
- Navarro, Leandro 1909: *Crónica militar de la conquista y pacificación de la Araucanía*. Santiago, Imprenta Lourdes.
- Mallon, Florencia 2004: *La Sangre del Copihue*. Santiago, LOM.
- Manquilef, Manuel 1915: *Las tierras de Arauco*. Temuco, Imprenta Modernista.
- Márquez, Alberto 1912: *Libro Internacional Sud Americano*. Santiago, Edición Española.
- Mistral, Gabriela 1996: *Poema de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Muñoz, Jorge 2003. Chilenos: entre Chile y Argentina. Flujos y reflujos entre 1960 y 2002. Ponencia, Seminario Chile en el siglo XX (Universidad de La Frontera, Temuco, 9-12 diciembre).
- Pinto, Jorge 2003: *La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche*, Santiago, Dibam.
- Prado, René 1956: "Cultivos actuales y posibilidades agrícolas de la provincia de Cautín", en *Seminario de Investigación sobre el desarrollo de la provincia de Cautín*. Temuco, Universidad de Chile.
- Solar, Hernán del 1996: Premios Nacionales de Literatura. En nota introductoria a la edición de *Canciones de Arauco* de Samuel Lillo, Santiago, Editorial Universitaria.
- Valdés Cange, Julio 1988: *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*. Santiago, Cesoc.

NOTAS

¹ Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Educación y Humanidades, Universidad de La Frontera, Av. Francisco Salazar 01145, Temuco, Chile. Correo electrónico: jpinto@ufro.cl

² Censos chilenos de 1895, 1907, 1920 y 1930. Convendría señalar, de todas maneras, que estos datos hay que considerarlos con algunas reservas por los altos índices de subregistro de los censos del siglo XIX, que se fueron corrigiendo en el curso del siglo XX.

³ Memoria de la Sociedad Nacional de Agricultura correspondiente al año 1935. Santiago, 1936, p. 160

⁴ Estadística Chilena, N° 1, Santiago, enero de 1928, p. 25.

⁵ Dirección General de Estadística. *Anuario Estadístico de la República de Chile. Agricultura*, Vol. VII, 1916-1917, pág. 104.

⁶ Véase, por ejemplo, los *Anuarios Estadísticos de la República de Chile* de los años siguientes preparados por la Dirección General de Estadística.

⁷ *Estadística Chilena*, N° 3, Santiago, marzo de 1928, pág. 75.

⁸ Carta del Presidente de la SNA, R. Larrain al Ministro de Industria y Obras Públicas, Santiago, 31 de octubre de 1911. Archivo Nacional de Santiago, Ministerio de Industria y Obras Públicas, Sección Agua y Bosques, vol. 2511, fojas 160-161. Agradezco a Mathías Ordenes haberme facilitado este y otros documentos relativos a la actividad maderera en la Araucanía.

⁹ Federico Albert. "La necesidad urgente de crear una Inspección General de Bosques, Pesca i Caza". Ministerio de Agricultura, Sección Aguas i Bosques, 1913. Archivo Nacional de Santiago, Ministerio de Industria y Obras Públicas, Sección Agua y Bosques, vol. 2511, fojas 146-163.

¹⁰ Dirección General de Estadística. Censo Agropecuario, 1935-1936, págs. 54-56.

¹¹ Archivo Regional de la Araucanía, Intendencia de Cautín, vol. 83, f. 264.

¹² Censo de 1930, págs. 44, 45, 297 y 298. Los censos registraron población araucana en las provincias de Concepción, Bío Bío, Cautín, Valdivia y Chiloé. Para el caso de la población de la Araucanía hemos incluido la población de la Provincia de Cautín y del Departamento de Angol, que en esos censos figura en la Provincia del Bío Bío. La "población chilena" de la Araucanía habría aumentado de 212.356 en 1907 a 359.893 en 1930, con una tasa de crecimiento de 2.3 % anual.

¹³ Memoria de la Sociedad de Fomento Agrícola de Temuco, 1946-1947, Temuco, 1947, págs. 103-105.

¹⁴ Memoria de la Sociedad de Fomento Agrícola de Temuco, 1945-1946, Temuco, 1946, págs. 37-39.

¹⁵ Dirección de Estadística y Censos de Chile, Boletín N° 7-12, Sinopsis 1963, págs.183-187.

¹⁶ Ambas tasas corresponden a los periodos 1895-1930 y 1930-1960, respectivamente.

¹⁷ *La Tarántula*, N° 4, 16 de abril de 1862.

¹⁸ *El Diario Ilustrado*, Santiago, domingo 10 de febrero de 1907, "Telegramas. Servicio Especial de El Diario Ilustrado", pág. 2.